EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs al mes. NÚM. 3.—DOMINGO 20 DE MAYO DE 1849. En Provincias 5 rs al mes.

Dibujada por Rafael Ximeno. *Grabada por Mariano Brandi.*

GALERÍA RÉGIA.

Abatida y viciosa la opulenta Roma, trocó su antigua gloria en universal oprobio y su valor, su grandeza y su poder sepultáronse, y la densa polvareda que alzaran sus escombros, ocultó el vilipendiado nombre de su infame destructor. Irritada la raza goda por el pérfido proceder de Stelicon, violador de un pacto solemne, tornó sus armas contra el pueblo-rey, y rotos y dispersos y fugados los egércitos, vengó su ultrage y entronizó su imperio. Al tender la vista su caudillo Alarico por los vastos dominios de la señora del mundo, miró en las fértiles campiñas de la favorecida España su futuro edèn, y en ella penetrara, y sus provincias invadiera, y su trono levantara á no haber de luchar y luchar para obtener la posesion del territorio que anhelaba. Su prematura muerte impidióle terminar su comenzada empresa, y la brillante aureola del conquistador de Italia ciñó la frente de Ataulfo, que en el año 416 fijó su asiento y colocó su trono en la capital de la España tarraconense, despues de reinar en Narbona, de la que logró apoderarse en el 414. Compañero Ataulfo de su hermano político Alarico en la conquista del suelo itálico, compartió con él la eterna gloria alcanzada por la goda gente; y al asaltar por segunda vez los muros de la ciudad grande, arrabató al vencido la hermosa Gala-Plácida, hija del emperador Theodorico y hermana de Honorio que á la sazon ocupaba el trono de los Césares. Unido á ella con indisolubles lazos, consagróla su amor, sus caricias, sus atenciones todas: tiernos afectos que ocasionaron su temprana muerte. Paralizadas las conquistas y establecida la calma en todo el ámbito de la dominacion goda; el ímpetu guerrero de esta bárbara hueste no podia soportar una vida que le era odiosa, ni menos consentir se efectuase la paz, por la reina proyectada. Impulsados, pues, los godos por sus propios instintos, alentados por sus feroces deseos, y llevados por su natural inclinacion al movimiento, provocaban y anhelaban la guerra y la insurreccion, el desórden y el asesinato entronizóse en España, siendo la primera víctima inmolada á manos de la perfidia, de la desersion, del fanatismo su desgraciado Rey. Vernulfo, su privado, encargóse de egecutar tan atróz delito, y al realizarlo, consumó tambien el sacrificio de seis hijos que el infeliz Monarca habia tenido antes de su enlace con Plácida, agregando al regicidio el asesinato: hórribles crímines, con los que se mira infamada su memoria. Tan vilmente pereció el infortunado príncipe despues de cinco años de un reinado paternal, benéfico y suave, que hacia concebir halagüeñas esperanzas á cuantos reconocian en Ataulfo relevantes prendas y eminentes virtudes, tanto mas recomendables, cuanto que han intentado obscurecer-

las sus detractores, empero ellas, triunfando de la maledicencia, osténtase radiante á las futuras generaciones en las que la historia ha perpetuado su recuerdo tributando un sentimiento de admiracion y respeto, al fundador de tan noble monarquía.

C. M. Brú.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

LOS BLASONES DE UN VALIENTE.

Año 1116.

II.

Dura lex, sed servanda.

(Continuacion.)

ENRICO V gobierna la Alemania con bondad y rectitud. Sentado en su trono administra justicia al pueblo. En el salon donde está el emperador se circula con dificultad. Este artesonado recinto viste sus paredes de antiquísimas tapicerías; sobre ellas decuellan retratados los antecesores de Henrico, que con impasibles rostros parece miren complacidos á su digno descendiente. No se ve rielar la luz en las armas de los soldados, aquel emperador está solo en medio de la multitud, porque sus mejores guardas son los corazones de su pueblo.

Sin tumulto ni confusion iba pronunciando las sentencias, y era tal su justicia que vencedor y vencido se conformaban sin murmurar. Mas hé aquí que la paz general ha sido turbada, y dos hombres entran con muestras de grande dolor. En uno de ellos su pelo y barba desgreñados, su mirar confuso y su talante receloso designaban á un traidor. Es Pedro el bastardo, cuya presencia era proverbial en todas las traiciones, y demás géneros de crímenes. El otro era el caballero Guillermo.

Acababa Henrico de dictar uno de sus justos fallos, cuando el bastardo y su compañero llegaron al pie del trono.

¡Justicia, señor, justicia! grita el de la Sierpe-alada.

—Llegad hasta mí, caballero: dijo Henrico bondadosamente: yo atenderé vuestras quejas.

—Tal vez debais atender mas á vuestro dolor: continúa el bastardo; aunque tengais todo el imperio de Alemania á los pies, no impedireis llegue á vuestra alma la hiel de la afliccion. No hemos llegado á demandar ofensas propias, nos presentamos á declarar agravios que os pertenecen.

El rostro del emperador manifiesta el combate interno que le agita, y sin embargo pregunta con serenidad:

¿Por qué apellidais justicia?

Entonces adelantándose el caballero Guillermo puso la mano izquierda sobre el corazon, y levantando la otra, esclamó:

Yo el caballero Guillermo de la Sierpe-alada, ante Dios y el emperador acuso de adulterio á Metildis, hija del rey de Inglaterra, y esposa de Henrico V de Alemania.

¡Vasallo!..... grita el emperador levantándose. El infeliz sufre tan inmensa desesperacion, dió tal sacudimiento su naturaleza, que el trono bajo sus pies ha reclinado.

Sí, dice el bastardo con voz terrible; acusamos por adúltera á la emperatriz Metildis, y lo que han proferido nuestros labios lo sostendrán nuestras espadas.

Henrico cae desplomado sobre su sitial.

Hay dolores que el mas osado guerrero no puede resistir: tambien el árbol secular es partido por el rayo.

Una fatal palidéz cubre el rostro del emperador; sus cárdenos labios están agitados por un temblor febril, sus sienes laten con violencia, frias gotas de sudor manando de su frente resbalan por ella cayendo sobre la púrpura. De su desfallecida mano el cetro se ha deslizado saltando las cinco gradas del trono con un sonido seco y estremecedor. Aquellos cinco golpes sonaron en medio de un imponente silencio interrumpido solamente por el sollozo que el dolor arrancaba al pueblo afligidísimo.

Tres veces procura levantarse aquel desventudo esposo, y otras tantas queda anonadado. Su respiracion agitada levanta desigualmente su pecho, y en toda su persona está retratado su infinito padecer. Por último, exhalando un profundo suspiro se incorpora en el sitial, y con voz débil, pero segura, pronuncia las siguientes palabras:

El emperador de Alemania condena á Metildis, esposa de Henrico V á ser quemada públicamente, si en el término de un año no se presentan dos caballeros que, venciendo en palenque cerrado á los acusadores, demuestren su inocencia acerca del crímen que se le imputa.

Un destello de alegría satánica brilló en la malvada faz de Guillermo, mientras el pueblo triste y dolorosamente abatido se retiraba en silencio.

Los dos acusadores se inclinaron ante el emperador desapareciendo en seguida.

Cuando el salon estuvo desocupado, manda Henrico retirar los pocos señores que á su lado habian permanecido, y éstos obedecieron dejándole enteramente solo.

Pocas palabras habian bastado para arrojar la tristeza sobre la corte de Alamania, y los celos y la infelicidad sobre el corazon de su emperador.

(Se continuará.)

Ó TODO Ó NADA.

FRAGMENTO HISTÓRICO.

(Continuacion.)

UALES, cuáles? gritaron los cuatro compañeros de Pablo Orsini, cuando este les amenazaba con dos enemigos poderosos, implacables, terribles de que podia disponer el duque de Valentinois apenas supiera la conspiracion que contra él se tramaba.

Y trémulo y receloso Pablo Orsini los agarró de las manos, y poniéndose en medio, con la voz baja y mirando al rededor, les dijo: esos enemigos, son, oidlo bien, la *cólera del César y el veneno de los Borgias.*

Bá, repuso sonriendo Gravina, ¿No tenemos cotas de malla y de acero que oponer á la cólera del César?

¿Y qué opondriais al veneno? Ni el acero ni la malla lo contienen. Esperemos, pues, y confiemos en la justicia de nuestra causa, que nunca desatiende el Eterno.

Confianza en Dios, dijo Vitellozzo.

Sí, en Dios, replicaron todos. El pondrá fin á nuestros males, porque su dedo tiene señalado á los malvados el dia de la espiacion, que llegará, no lo dudeis, tarde á temprano.

Es verdad, añadió Gravina. Pero tened entendido, amigos mios, y tú, Orsini, que un número casi infinito de nobles, de compañeros nuestros, aborrecen de muerte á César Borgia; muchos, casi todos, de esos que humillan la cerviz y callan y no se atreven á recordar que son hombres y que tienen el derecho de ser respetados como tales, esos mismos, tal vez, desan hundir el puñal en el seno del tirano, tal vez á la menor insinuacion se pondrán á nuestro lado, uniran sus esfuerzos á los nuestros, pelearán como bravos y lo arriesgarán todo para acabar con el insolente opresor.

Y bien, insistió Orsini; ¿qué lograríamos con ésto? ¿De qué servirian los esfuerzos de algunos centenares de nobles, cuando nos hallamos sin dinero y sin ningunos medios para propagar la insurreccion y para mantener á los valientes que se lancen á la pelea? ¿Y una rebelion de esta naturaleza y con tan fatales auspicios, no seria sofocada en su cuna? y ¡ay, entonces de nosotros y de nuestros hijos! todos lloraríamos nuestra imprudencia, mientras que el aborrecido César se afianzaba mas y mas en su trono de devastacion y horror.

Entonces, gritó lleno de ardor Oliverotto, vaciemos nuestras gabetas, fundamos el oro y la plata que sirven de adorno á nuestros vestidos; vendamos las joyas y dijes de nuestras mugeres, y todavía podremos arrojar á nuestros enemigos, á los satélites del duque Valentinois, balas de oro en lugar de plomo.

Señores: continuó con calma Orsini, no nos hagamos ilusion; yo bien sé, y nadie lo debe poner en duda, que nos sobra valor para rebelarnos, y ardimiento para sostenernos en la rebelion. Advertid tan solo que nos faltan medios para llevar á cabo tan arriesgada empresa. Borgia tiene al pueblo esclavizado y humillado bajo sus pies, y los miles de soldados que están pendientes de sus menores gestos, y sus mismos contrarios, que son bastantes todos callan y sufren, y nadie se atreve á levantar la vista, ¿y por qué? ya os lo he dicho otra vez, porque temen el horrible veneno de los Borgias, veneno para el cual de nada sirven ni aceros, ni cotas de malla, ni las balas de oro ó plomo.

A pesar del calor con que pronunció estas últimas palabras Orsini, se notó en una de las galerías inmediatas un leve movimiento, un bulto negro que se deslizaba por detrás de las columnas. El duque de Fermo, que pudo advertirlo, se dirigió á sus compañeros, y les dijo:

Señores: nobles caballeros: se nos está espiando, en aquellas columnas hay un embozado que nos está observando. Seamos cautos y retirémonos para no dar que sospechar, y esta noche, si gustais, podremos reunirnos en mi casa, donde hablaremos de este proyecto.

Y diciendo esto se dispersaron. El embozado desapareció tambien. . . . . .

. . . . . .

Habian trascurrido apenas algunos dias. Ya no es el palacio de Alejandro VI el lugar de la algazara, el centro de la ambicion, del orgullo y de la rastrera pedantería. Allí todo es silencio, todo respira tristeza; los salones se ven desiertos, sin luz, sin lujo; las puertas abandonadas, sin un miserable page que las guarde. Alejandro, el rey de

Roma, el dueño del mundo cristiano, el gefe de la Iglesia, el legado de Jesucristo, el ungido de Dios, se halla solo, enteramente solo; los poderosos y el pueblo le han olvidado; los clérigos, arzobispos, cardenales, pages, nobles, caballeros, toda la aristocrácia, en fin, huyen de la morada del hombre que no puede colmarles de tanto oro y de tantas dádivas como quisieran, y van en busca del que pudiera satisfacer tan insensata sed de riqueza, y tan desmedida ambicion de honores y de engrandecimiento, siquiera desprecie á semejantes menguados y los convierta en dóciles y viles instrumentos de repugnantes y deshonrosas escenas. Tal se hallaba el palacio de Alejandro VI. Cualquiera, al observarlo, diria: « El monarca, el verdadero rey de Roma no existe aquí, en otra parte se encuentra su morada."

Efectivamente: los grandes y espaciosos salones del palacio de César Borgia, duque de Valentinois, se hallaban repletos de gentes de todas clases y categorías. Curas y cardenales, clérigos y prelados, señoras de alta alcurnia y corrompidas cortesanas allí estaban. Allí se veia á un mundo entero arrastrarse á los pies de un hombre en medio del lujo mas brillante y deslumbrador, de los torrentes de luz difundidos por todas partes, entre la gritería y bullicio de un festin, el zumbido de una orgía y estrepitosos escesos de unos bacanales. Allí se observaba á Borgia, al temido Borgia, rodeado de un tropel de cortesanos envilecidos y de millares de concubinas sin pudor en la frente y con señales jaspeadas, impresas en sus megillas por lúbricos besos. Allí se notaban grandes mesas cubiertas de abundantes y esquisitos manjares, de botellas y copas llenas de vinos escojidos y sabrosos licores. Y allí, en fin, se disfrutaban todos los goces mundanos, quedaban satisfechas las ambiciones de todos; y todos estaban complacidos, porque se les daba convites, se les colmaba de dádivas, se les llenaba de oro. El duque de Valentinois era, pues, el verdadero rey de Roma; el palacio de los Borgias, no el Quirinal, su réjia morada.

(Se continuará.)

Jaime Ample Fuster.

POESÍA.

Á DIOS.

Señor, eres montaña,
Y llanura eres tú y eres abismo:
Y mansedumbre y saña
Relumbran en los pliegues de tí mismo:
Señor, eres tú solo
La zona que se abrasa y la del Polo.
El cañon de tu diestra
Rompe el alcázar que tu izquierda funda:
La tempestad se adiestra
Bajo tus pies, irguiéndose iracunda;
La cabeza le tuerces,
O en vuelo airado su furor egerces.
Lo mismo pimpollea
El boton de la rosa ante tus ojos,
Que el rayo centellea,
El candor vuela, bulle los gorgojos:
Eres las suavidades:
La paz de amor: el trueno y tempestades:
Espíritu esparcido
Del éter por los cóncavos lugares,
Agente diluido
Por la profunda hondura de los mares,
Fecundizado el orbe
Fue por tu aliento que los tiempos sorbe.
Tus párpados abriste,
Y el sol radió cual rayo de tu lumbre:
Tus párpados corriste,
Y dió la luna luz de mansedumbre:
Brotó en tu pensamiento
Y en el orbe á la par, el movimiento.
Tu omnipotencia suma
Del tiempo vive y en el tiempo vuela:
Los siglos son tu pluma:
La eternidad el libro que revela:
Llegó su época al hombre,
Sonó tu voz y retumbó su nombre.
Tu dedo es la criatura
Que en la página escribe de la tierra:
Sorpresa de pavura
Tiembla lo porvenir, que en tí se encierra;
El aura de la vida
De entre los labios se le va dormida.
Señor, tú eres grandeza,
Tú el foco de la luz y de la sombra;
Señor, tú eres rudeza,
Y al de pie delicado eres alfombra:
¿Al espíritu humano
Lecho y no mas seríale tu mano?
Los dormidos alientos,
Dispiertos en tu seno se sacuden:
Los varios elementos
A conglobarse en nueva forma acuden;
Y solo la memoria
Allá en el lejano campo ve su historia.
Soplo de suavidades
Inspira en mí, Señor, para que goce:
Tu risa de bondades
Entre mis labios sin cesar retoce;
Y luego alzando el vuelo,
Sígame tu mirada por el cielo.

Madrid 1848.

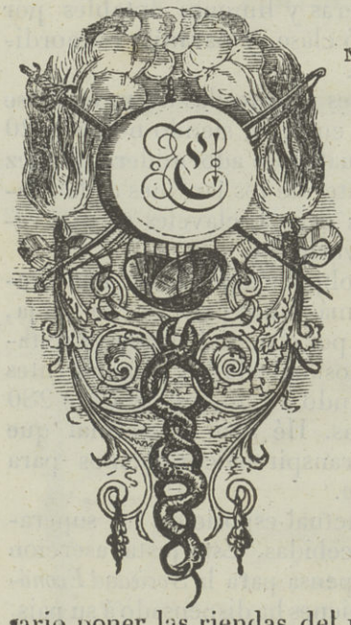
Juan Quiroga.

ELFRIDA.

LEYENDA INGLESA.

I.

EDGAR EL PACIFICO.



En el año 960, época en que principia nuestra historia, reinaba en Wessex Edgar, hermano de su antecesor Edwy, hijos ambos de Edmundo que tan trágicamente acabó sus dias en el espléndido convite celebrado el aniversario de San Agustin, apóstol de los sajones.

La edad temprana en que Edgar ascendió al trono, no le permitia regir por sí mismo sus Estados, por lo que era necesario poner las riendas del poder en manos de un hombre de prestigio, de energía y de talento, para contener las pasiones de pueblos separados por la diversidad de religion, de costumbres y de orígen.

Por fortuna, para Edgar y sus vasallos, esta eleccion recayó en Dunstan, arzobispo de Cantorbery, quien habia tenido sumo influjo en los anteriores reinados y que supo conservar con la superiodad de su génio y firmeza de su carácter.

Merced á la acertada direccion y sanos consejos de este ilustrado prelado, los súbditos de Edgar vivieron tranquilos y felices durante diez y seis años, en los que la paz no fue turbada, ni por guerras esteriores, ni por rebeliones intestinas; cosa maravillosa si se atiende al espíritu belicoso de aquellos tiempos.

Esta tranquilidad forma por sí sola el elógio mas cumplido del monarca y su privado, porque dígase lo que se quiera, la gloria de los reyes, cuyo reinado es feliz y tranquilo, aunque no tan brillante como la de los conquistadores, es mas sólida y digna de aprecio, porque se halla grabada con caracteres indelebles en el corazon de sus vasallos.

No queremos decir con eso que Edgar fuera un monarca completo, no; Edgar no estuvo exento de defectos notables, y especialmente su pasion por las mugeres le hizo violar las mas sagradas leyes. La gloria del soberano no escluye la flaqueza del hombre.

Bajo este último punto de vista, pues, lo consideraremos nosotros. Dejaremos para la historia la narracion de su reinado, y espondremos, del modo que nos sea posible, algunos incidentes de su vida privada.

II.

EL MENSAGE.

Era un dia de Julio del año 960.

El rey de los astros habia conseguido romper la pesada bruma que interceptaba sus rayos y lanzaba torrentes de luz sobre los edificios de Winchester, ciudad capital del reino de Wessex. Edgar, que en aquel dia se habia levantado mas pronto de lo que acostumbraba, se hallaba asomado á una ventana de su régia estancia contemplando el estenso parque que se estendia á sus pies, y el sereno cielo que cual magnífico dosel cubria el estenso territorio de Wersex. Próximo á Edgar, un jóven sajon de elevada estatura y airoso continente, aguardaba, con respetuoso ademan, las órdenes de su monarca, quien, al parecer, meditaba algun asunto importante. Algunos minutos de silencio habian pasado desde que el rey reflexionaba, y él fue quien primero lo interrumpió, dirigiéndose al jóven sajon:

—¿Tánto ponderan su hermosura, Etelwood?

—Señor, cuantos la han visto aseguran que se halla dotada de una belleza estraordinaria.

—¿Y es de noble cuna?

—Bien puede sin desdoro aspirar á la mano de un rey. Su padre Olgar, conde de Devonshire, desciende de uno de los mas valientes caudillos que acompañaron á Cerdix en la conquista de Wessex. Ved, señor, si la hija de Olgar puede empañar vuestro régio tálamo.

—Mas.... y si sus gracias no corresponden á su celebridad....

—Nada mas facil de averiguar.

—¿Y de qué modo?

—Mandando un emisario de confianza con cualquier pretesto á la mansion del noble conde....

—Comprendo: ese emisario verá si la hermosura de Elfrida es digna de un rey.

—Precisamente.

—Pues bien, irás tú.

—¿Yo, señor? Me honrais mucho encargándome tan delicada mision.

—Por lo mismo que es delicada te encargo á tí su desempeño. Es preciso que vaya un hombre de gusto y discernimiento que distinga si la belleza de Elfrida la hace digna de reinar en Wersex ó si solo es una belleza vulgar.

—Temo mucho, señor, que me falte ese buen gusto y discernimiento.

—¡Oh! sé muy bien que eres un cumplido caballero y bastante esperto en materias amorosas.

—¿Y cuándo he de partir?

—Ahora mismo; baja á las caballerizas, toma el mejor de mis caballos, ponte tus mjores armas y que te acompañen cuatro escuderos, porque deseo te presentes con todo el lucimiento que requiere un mensage real.

—Me parece, señor, que los escuderos están de mas.

—Bien, tú harás lo que te acomode.

—¿Y qué he de decir al noble conde?

—¡Diablo! He ahí en lo que no habia pensado; quisiera que Olgar y su hija no sospechasen el verdadero objeto de tu mision.

—Entonces podria presentarme como un viagero estraviado.

—Perfectamente.

—¿Y una vez dentro del castillo?

—Observas con atencion á Elfrida, y si es tan hermosa como ponderan, te das á conocer y la pides á su padre para esposa mia.

—Lo haré como decis.

—Pues vé, parte con presura; ocho dias de tiempo tienes para desempeñar tu mision.

—Hasta dentro de ocho dias, señor.

—A Dios, Ethelwood; yo cuidaré de recompensarte, si me sirves con celo; pero si me engañas, sabré castigarte como castigan los monarcas sajones á sus malos servidores.

—Descuidad, señor; no tendreis que arrepentiros de haber puesto en mí vuestra confianza.

Ethelwood salió de la estancia y Edgar se asomó de nuevo á la ventana; á poco rato salia el primero del palacio, montado en un fogoso alazan, dirigiéndose á galope al condado de Devon.

(Se continuará.)

Nota. El autor de la anterior leyenda, que lo es tambien de la novela titulada: Dos Retratos que se publicaba en la Esmeralda, se vé en la necesidad de manifestar á los lectores de este Semanario y de la última, que la conclusion de dicha novela quedó en poder del Editor de dicho periódico, hace mas de tres meses, ignorándose los motivos porque no se ha repartido á sus suscritores.

Pedro Pruneda.

VARIEDADES.

ESPOSICION PÚBLICA DE FLORES.

Los dias 13, 14 y 15 del presente mes fueron señalados por la *Sociedad Económica de Amigos del Pais* para la esposicion de flores. Su resultado superó las esperanzas que nos habian hecho concebir las anteriores esposiciones. La variedad, número y estado de los objetos espuestos son altamente satisfactorios.

Mas de 560 macetas contenian igual número de plantas, ya indígenas, ya exóticas casi todas en flor. Imposible seria enumerar sus familias y denominaciones. Entre los diferentes frutos que al lado de las flores descollaban, hemos notado piñas ananas, tomates de América, nísperos del Japon, manzanas, peras y limones notables por su estemporaneidad ó clase, y naranjas estraordinarias por su tamaño.

Innumerables flores arrancadas de su tallo, se conservaban metidas en agua, siendo notables 20 clases de amapolas, cuatro de adormideras y diez de geranios, procedentes de los jardines de la Alameda y Glorieta. Los cactos, claveles y rosas resaltaban con infinita variedad.

Con los diferentes objetos espuestos se han presentado tambien dos máquinas para cortar hoja, y un arado construido por el método Hallié. Escitaba igualmente la curiosidad de los concurrentes un ternero que contando 19 meses pesa de 280 á 290 libras carniceras. Hé aquí un animal que envidiarian nuestros transpirenaicos vecinos para su fiesta del *buey gordo*.

Lo repetimos, la actual esposicion ha superado las esperanzas concebidas. Esta justa asercion es la mas digna recompensa para la *Sociedad Económica*, que tantísimos bienes ha dispensado á su pais.

Marsell cators.

Monsi Lulú: Fe moa le plesir d'espliqué per qua motif vu s'abé fiqué á parlé de la Frenologi si bu n'antendé palot com moá. ¿Vu abé pansé que s'abé vu esposé á sostenir una temibl polémic avec le intrepid impugnatur de sé siens nasient que comans á se perfecsioné par la jeunes estudiés de tut le mond? Si mon ami le Doctor habé volú prandre la plom é ecrir catre reglon, vus habé quedé care de Mic, pur qua le talant é la disposision de le Doctor habé in dubitableman arrollé botre pobre articl é sá contestasion s'bé encaminé directaman á votre *re-di-cul.*—Fortun par bú que la plom de notre acre ami sabé fatiqué de dir bocu *d'essentrisité* sur le particulier, é sur tut, q'uil ne vulé desandre á contesté á rrien q'uil no s'ascrib an Español. La prudans, le sofreman, la resignacion, é la conformité, son le parol sante de la Sacre Escritur á propó pur aparecer le plus *grand* de tu le mond, é abundant mon ami en sé idée il abé refrené son caractér presipité é s'abé conformé á no dir palot é á despresier botre articl. Je croa q'uil conoserr bien á osté, é sabé que bu éstar plus gort é per consecant tené bú molta fors

é bocú de la Mantecó.... Prené mon consell ami Lulú é nou fiqué pá de sisañ en la cuestion de Frenologi; me si bú necesité de moa per un cas d'onér bú escrivir á Marsell ése presanterá con vú votre bon ami.—*Calé*

TEATRO.

REVISTA CRÍTICA.

UN MATRIMONIO Á LA MODA, COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS, DE D. R. DE NAVARRETE.—GEROMA LA CASTAÑERA, ZARZUELA DE D. M. FERNÁNDEZ, MÚSICA DE D. F. SORIANO FUENTES.—EL DIABLO Á CUATRO, BAILE FANTÁSTIGO EN TRES ACTOS, POR LOS SRES. LEUVEN Y MAZILIER, MÚSICA DEL MAESTRO ADAM.

Tada al parecer mas frívolo que la moda, y sin embargo pocos resortes hay mas poderosos en nuestra actual sociedad, sometida como todas á la gran ley providencial de la asimilacion, elemento invariable de todas las civilizaciones posibles. La filosofía alemana transmigra á Francia, y el voluble génio parisiense hace pensador profundo; el derecho político francés ensaya las últimas consecuencias de su teoría constitucional en el terreno práctico, y muchas naciones europeas se sienten conmovidas por su egemplo; la literatura francesa ha transigido con el romanticismo, elevando su lira hasta la meditacion filosófico-sentimental, y ya hasta los poetastros españoles, medio románticos, medio clásicos, piensan cantando; París, en fin, no cree en la perpetuidad moral del matrimonio elevado á sacramento; París brilla por el lujo y por el orgullo de dominar hasta los afectos mas caros al corazon, y Madrid luce como otro satélite, Madrid.... sigue la moda. La asimilacion principia por el hogar doméstico, y concluye por la plaza pública, ha dicho Mr. Ortolan; nosotros añadimos, quizá con menos filosofía: la moda principia por los trages y acaba con las nacionalidades. Y con todo, tan imposible es inscribir á la humanidad en un círculo de hierro como querer fijar el curso de la moda, porque el progreso hácia la unidad, por medio de la asimilacion de costumbres, es otra ley del mundo moral.

Así las cosas, el poeta dramático ve, observa el estado actual de las preocupaciones mas en boga, y al pasar las pinta con la misma ligereza de su curso, diciéndole luego á la sociedad ¿te conoces? ¡qué vergüenza para el público haber de humillar su frente ante el espejo que le presenta un hombre! El señor de Navarrete, el delicado cronista de los salones mas elegantes de la corte, ha tenido ocasion de hallar el daguerreotipo del buen tono, y al conducirnos á la escena, nos ha halagado con el colorido vivo y ligero de un estilo adecuado á las costumbres de la alta sociedad, para que pudiésemos perdonarle la franca indignacion con que anatematiza los defectos de su original. Sí; la moda se ha infiltrado ya en el corazon, ha penetrado la pura moral de nuestros padres, y aun quizá descienda pronto de los círculos á las tertulias: esta es la época del escritor y del filósofo. El azote del ridículo, la hiel del sarcasmo, la maligna severidad de la sátira, la pompa de las declamaciones mas austeras, todo puede emplearse como correctivo si se aplica con talento; pero ¿sanará la sociedad de la herida que ha recibido en sus creencias y en sus afectos? A los siglos toca revelarlo.

En la comedia *Un Matrimonio á la Moda*, el señor Navarrete ha sorprendido un secreto que ya no lo era para muchos, presentándonos en las tablas dos esposos que se quieren, pero que por su elevada posicion necesitan sacrificar los afectos y placeres domésticos al demonio de la moda. El marqués de Bosque-real, es un marido elegante y un libertino de buen corazon; su esposa un ángel de bondad y sufrimiento, y el duque de la Pradera la personificacion de los vicios y pasiones mas á la moda. Bien marcado el pensamiento moral del autor, procura desarrollarlo por medio de un plan algo irregular, esponiendo con el relieve del drama los continuados peligros en que vive el marido á la moda, ora solo y fastidiado en el hogar doméstico, ya inquieto por el deseo inmoderado del oro y de los placeres vedados, ó bien celoso de su honra mancillada que vindica por fin con el cañon de una pistola.

Si Bosque-real sigue los instintos de su corazon y vuelve al regazo de su esposa, el gran tono, es decir, el duque de la Pradera se interpone entre los dos amantes, y seca su ternura con el ridículo mas atróz: si Bosque-real tiene celos fundados de su muger, la moda le manda que no los tenga; si el marido ha de gastar su patrimonio en proporcionarse los placeres de la ostentacion, la muger ha de ser uno de sus muebles de lujo mas indispensables; en fin, si el marido á la moda es bueno y sensible, la alta sociedad en que vive le obliga á fingir y á velar con sonrisas sus remordimientos. Pero ¡ay! no es esto todo, puesto que el desengaño mas amargo se brinda en la copa seductora de la amistad y el compañerismo. El duquesito codicia livianamente las gracias de la casta esposa de Bosque-real, y para tentar su sólida virtud no escusa medio de denigrar á su amigo, atrayendo á su propia casa en una noche de baile á Amalia, bailarina obsequiada por los *dandys* mas formidables. Entonces avisa á la marquesa, encuentra ésta escóndido á su despreciable rival, y la abandona públicamente al desprecio de sus convidados. ¿Será todo ello bastante para desencantar al fascinado Bosque-real? Todavía no. Era menester que un billete interceptado á tiempo por un fiel mayordomo, revelase al marido que los fingidos amigos á la moda son los verdaderos enemigos del honor: se necesitaba sangre para acabar fielmente el cuadro, la espiacion exigia su presa, el duque de la Pradera recibe en duelo su castigo.

La comedia que analizamos no encierra caracteres nuevos, y con todo ofrece un asunto algo original *El hombre de mundo, muger gazmoña y marido infiel*, *Un marido como hay muchos* y principalmente *República conyugal*, podrian revindicar á su vez varios rasgos, reminiscencias, afectos y situaciones que hemos aplaudido con gusto en *Un matrimonio á la moda*; pues si el duque de la Pradera es el traidorcillo obligado de las composiciones de este género, reducido á las proporciones de un *lion* tan disoluto como elegante, la muger por via de contraste es siempre la suma bondad bajo distintos nombres. Respecto del plan, notamos papeles episódicos que no añaden interés á la accion principal, si bien sirven á animar el cuadro dramático de nuestras costumbres, considerados como accesorios; siendo no menos dignas de correccion en nuestro concepto, la simpleza de Bosque-real á quien el espectador supone desde luego mas precavido ó menos libre, el violento incidente de la bailarina, demasiado inocente para el caso, el desenlace por el medio gastado de una carta entregada por un pícaro á un criado intachable y la violacion no motivada de la unidad de tiempo. ¿De dónde proviene, pues, que á pesar de estos lunares, el público aplaude con sincero entusiasmo la composicion del señor Navarrete? No

es difícil adivinarlo. La amenidad y correccion de un diálogo bien sostenido, la naturalidad y finura del chiste, la fiel pintura de las costumbres de nuestra alta sociedad, y la moralidad del pensamiento dominante en la pieza, compensan los defectos de su estructura artística, y la poca novedad de los tipos, despojados de sus antiguos vestidos y preocupaciones para lucirlos *á la derniére* como los espectadores.

Nombrar los actores y designar los caracteres que respectivamente representaban, equivale á hablar de su desempeño. Efectivamente, ¿quién mejor que la señora Valero podria comprender y espresar aquellas rapidísimas transiciones que se suceden en el pensamiento de la muger celosa y ultrajada como las olas en un Océano borrascoso? El público la aplaudió repetidas veces en las situaciones y parlamentos mas difíciles; y cuando se trata de apreciar la espresion de los afectos, el público raras veces se equivoca. No menos satisfechos nos dejó la culta propiedad del señor Ibañez, cuyo talento para la caricatura cómica no tiene rival en nuestra compañía: el señor Revilla, sentimos decirlo, pero se mostró poco natural y aun encogido en algunos pasages, egecutando en los demás regularmente; el señor Orgáz y la señora García, bien.

Cuantas veces hemos tenido que hablar de las *Zarzuelas*, otras tantas nos ha dolido haberlas de criticar. *Geroma la Castañera* es un conjunto incoherente de canciones andaluzas, un mixto entre tonadilla, ópera y sainete, un no se qué agradable en razon de la novedad, su música divierte poco como la letra, porque ni una ni otra tienen gran mérito; pero el señor Jover y su señora gustaron mas que la *Zarzuela*, y fueron aplaudidos.

Faire le diable á quatre llaman los franceses á lo que nosotros diriamos gritar como un desesperado ó darse á Barrabás, de donde inferimos que el título *Diablo á cuatro* es para los hijos de Iberia un título tan exótico y fantástico como el mismo argumento del deseado baile, que es cuanto hay que decir. En los vastísimos espacios del idealismo, hallar dos ó tres pretestos para intercalar un buen padedú ó una linda *redowa*, equivale á componer un baile, ya sea cómico, ó trágico, ó comun de dos. En el último que un traductor adocenado podria bonitizar en buen español con el título de, *La muger colérica ó la soberbia castigada*, el asunto es bien trivial, el plan estraordinariamente fantástico. El primer acto pinta por medio de la pantomina el carácter escesivamente iracundo de la diabólica condesa de Polinski (señora Laborderie), quien se opone á que se realice una partida de caza preparada por su marido (señor Gontié). Verifícase, sin embargo, pero entre tanto Mazourka (señora Guy), muger del cestero Mazourki (señor Massot), sumamente apasionada por el baile, riñe con su marido cuyo flaco son las botellas. Prepárase una danza para solemnizar el enlace de Yelva (señora Leblond) con Ivan (señora Caraballi), mas el diablo de la condesa acaba por romper el violin del músico, socorrido por Mazourka, y hé aquí aguada la fiesta. ¿Qué sucederá? Entramos en los espacios imaginarios. El violinista es un génio (M. Duchateau) que depositario de premios y recompensas, convierte á la Polinski en muger del cestero, y á Mazourka en esposa del conde. Durante el cuadro primero del segundo acto, *El Diablo á cuatro* llega al colmo de la desesperacion, viéndose refrenado por un humilde artesano; riñe con él, le abofetea, y por fin se le escapa. A su vez, Mazourka manifiesta sus rústicos modales en el cuadro segundo, y á una señal del génio concluye por bailar elegantemente, sorprendiendo á un tiempo á su maestro y al conde. Ultimamente, en el acto tercero empieza la fiesta, desaparece el *quid pro quo*, se muestra corregida la condesa, y baila con Mazourka una lindísima *Redowa*. ¿Quién diria que tan pobre esqueleto vestido con los encantos de un ritmo deleitable ofreciese tantas bellezas coreográficas? ¡Oh! talento de los pies ¡y cómo haces perder las cabezas! La señora Guy trabaja tanto y tan bien en este baile que el alma embebecida vacila sin saber ya qué admirar, su infatigable habilidad ó su incomparable gracia; y con todo los pasos mas difíciles, las actitudes mas fascinadoras, los solos mas prolongados, las nimiedades mas delicadas son aun pequeños destellos de ese génio del baile que brilla en la espresiva fisonomía de la Guy, cuando se mece ligera y sútil como el pensamiento en la admósfera del bello ideal de los poetas. En la primera representacion tuvimos la satisfaccion de ver caer á los aplaudidos pies de nuestra Terpsicore dos preciosos ramos de flores naturales y una corona, amen de los estrepitosos aplausos y *bravos* que se suceden sin tregua siempre que aparece sobre la escena. La señora Laborderie estuvo felicísima en su papel de protagonista, pues casi nos hizo creer si sería un gracioso diablillo furioso por darnos gusto; tan enérgica era su mímica, tan envidiable y seductora la cómica espresion de su lindo rostro. Si la poesía de la danza encontrase su símbolo en una flor, la Guy y la Laborderie bailando la *redowa* respirarian el mismo perfume, porque parecen dos hojas de una misma corola. ¿Qué mucho que se hiciese repetir con entusiasmo el graciosísimo final del *Diablo á cuatro?*

Otra artista distinguida contiene nuestra compañía de baile, estimada del público por su agilidad, soltura, limpieza y gracia; ya podrá comprenderse que nos referimos á la señora Palmira Monet. Su éxito en todos los solos únicamente es comparable á la habilidad que cuenta para desempeñarlos; y así sucede que jamás deja de agradar ni un instante, siendo unánimemente aplaudida con la misma justicia que nos complacemos en tributarle. La señora Leblond y los señores Gontié y Massot han brillado como acostumbran en sus respectivos papeles repartidos con el acierto que distingue la direccion del señor Barrez. Este inteligente maestro, á quien el público ligeramente olvida por hallarse tras del bastidor, se afana en ensayar, corregir y dirigir todos los pasos, pudiendo gloriarse de recoger los frutos de su estudio y laudable celo al oir la continuada aprobacion que merecen todos los bailes.

No concluiremos sin lamentarnos de la desgracia que parece pesar sobre el señor Natale Wolf, apenas escuchado por cien personas. Verdaderamente, la primera noche en que cantó tal cual se halla escrito el tercer acto de *Macbeth* no mostró todo el acierto y llenura de voz que hemos admirado en él otras veces; pero en la siguiente representacion recompensó con usura nuestro desagrado. Algunos aficionados aplaudimos de todo corazon la enérgica espresion con que declamó el *allegro* de su aria, y aun valdrian mas nuestros aplausos que el tanto por entrada, correspondiente al artista.

La actual Sociedad ha ajustado al señor D. Gabriel Perez, actor bien conocido de este público; bueno seria ir reformando y completando la compañía de declamacion, aun cuando acabásemos de arreglarla para el veranillo.

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en la librería de Oliveres, calle del Mar y en la imprenta de Lopez, calle de Cabilleros.

Cada cuatro números forman un mes de pago.

VALENCIA:

Imprenta de D. Benito Monfort,

plaza del Temple, núm. 5.